



Y otro Méjico al norte de grandeza,
 O ya sea verdadera, ó sea soñada:
 De la sierra de Topia la belleza,
 De fina plata y oro incorporada,
 Y á Culiacán, que en temple no bien sano
 Al mundo crió la flor de su verano.
 Los riscos de Chiametla y de Copala,
 Y de su rica playa las salinas;
 La áspera Guaynámeta, que la iguala
 En fieras gentes, y en preciosas minas;
 Los altos montes de Xalisco y Xala,
 Llenos de miel sabrosa, y de sabinas;
 Los jardines del valle de Vanderas,
 Y reventando el mar por sus riberas.
 El gran volcan de Xala, mónstruo horrible
 Del mundo, y sus asombros el mas vivo,
 Que ahora con su roja luz visible
 De clara antorcha sirve á lo que escribo:
 Y á tí, oh soberbio Olimpo inaccesible,
 Desta historia feliz rico motivo,
 Tambien verian de allí, puestos por tilde
 A tu alta frente y tu laguna humilde.
 Y aun pienso que si el sabio lo fue en todo,
 Entre sus ninfas de cristal veria,
 Danzando por las juncias á su modo,
 La que me sirve aquí de aliento y guia;
 Pues hilando su estambre al valor godo,
 La tela entonces inmortal tejia
 De los ricos dibujos con que ahora
 Felices partos da en mi voz sonora.

Aquí entre sus laureles inmortales,
 En fresco temple y agradable frio,
 De aquellos pensamientos celestiales
 Esta heróica preñez concibió el mio:
 Aquí entre verdes juncias y cristales
 Manó la humilde fuente deste rio,
 De la quietud y paz que aquí se encierra,
 Deseos de fama urdieron esta guerra.
 Ya desde el aire el mágico adivino,
 Lo mismo contemplando que yo ahora,
 La vuelta queria dar por donde vino,
 A encontrar los caballos del aurora:
 Cuando el brio atajado y el camino,
 Vencido su saber, se vió á deshora
 Caer al suelo con su barco y guia,
 Y la gente que dentro dél venia.
 Sobre los riscos de un volcan ardiente,
 Que entre Tlascala y Méjico levanta
 Al cielo, y á su luz el humo y frente,
 Con que á ella ciega y tizna, y á él espanta,
 Del risco mas fragoso y eminente
 Un gajo sube, que entre planta y planta,
 Del sabio Tlascalán la cueva horrible,
 Si el humo da lugar, vuelve visible.
 Era este nigromántico severo,
 Corpulento jayan, doblado en ciencia,
 Que los roncos bramidos del Cerbero
 A los suyos prestaban obediencia:
 Ni por bárbaro inculto, ni por fiero
 De imperfecta amistad, grave en presencia,

El calvo rostro como una ancha adarga,
 La hórrida barba espesa, cana y larga.

Ciento y ochenta cursos de su esfera
 La lámpara del sol pasado habia,
 Despues que al sabio dió la luz primera,
 Y él con ella gozó su primer dia;
 Y tantos de salud y vida entera
 En esperiencias mágicas tenia,
 Cuyas lecciones, y saber profundo,
 Los círculos parar solian del mundo.
 Subia los rios á buscar su fuente,
 Y á los ojos el siglo venidero,
 A los mas firmes montes dió corriente,
 Y cadenas al tiempo mas ligero:
 Y temiendo tambien como prudente
 El segundo morir tras el primero,
 Al riesgo hacia de la humana suerte
 De la virtud escudos á la muerte.

Pues este, á quien las luces del ocase
 Los rayos humillaron á su cueva,
 Luego que el barco vió en el cielo raso
 Seguir en rumbo tal senda tan nueva,
 Con firmes signos le detuvo el paso,
 Y él, su patron, y los que dentro lleva,
 Ya de su mago cerco roto el vuelo,
 Sin ver por quién, se hallaron en el suelo.

Mas cuando en los perfumes y centellas
 Del ya violado círculo y conjuros,
 Y la sombra infeliz que dellos y ellas
 Los cursos le aclaró primero oscuros,
 Manifiestas halló las causas bellas
 Con que volando al aire iban seguros,
 Y el cerco hermoso, y el diverso mundo,
 Que en el primero vieron, y el segundo:

Con razon admirado y envidioso
 Del vuelo ilustre seguidor del dia,
 Al ya quebrado barco el mago ocioso
 Con rostro vino lleno de alegría;
 Y «el cielo, dijo, oh pueblo valeroso,
 El fin dichoso os dé como la guia,
 Porque el feliz viaje deste modo
 Sea, cual vuestro valor, único en todo.

No tristes vueltas de contrario sino,
 Ni aspecto inútil de enemiga estrella,
 Al dichoso bajel cortó el camino,
 Y su fuerza y virtud dejó sin ella;
 Mas nueva traza del saber divino,
 Que por los pasos quiso de esta huella,
 Cumplidos ya vuestros deseos, mostráros
 De un mundo oculto los sucesos raros.

Y pues la eterna prevencion divina
 Vuestra venida á tal sazón dispuso,
 Ya el pié dichoso, oh gente peregrina,
 En los riscos poned que el cielo os puso;
 Que yo, á quien esa misma fuerza inclina
 Que en todo os sirva de mi oficio al uso,
 Para ello saco á luz grandezas tales
 Que al resto escedan, y aun que os sean iguales.»

Dijo, y el francés sabio, que vencido
 Su poder vió de aquel oculto mago,
 Roto el ligero barco, y él rendido
 A un superior espíritu aciago:
 Ya que en voz noble y trato comedido
 El roto esquife suelda con halago,
 Y en amigo hospedaje los convida,
 Y á él y á los suyos da la bienvenida:

Cerrando ahora del primer agravio
 La oculta saña en lo interior del pecho,
 Que el encubrir la afrenta es de hombre sabio,
 Cuando no es el vengarla de provecho:
 Con rostro alegre y lisonjero labio,
 Fingidas gracias da al agravio hecho;
 Y en real grandeza el mágico á su cueva
 Con segura amistad y paz los lleva.

Por las venas sin luz del monte horrible,

Que al turbio cielo escupe ardiente llama,
 Una gruta de altura inaccesible
 En preñadas cavernas se derrama:
 Patente un tiempo fue, mas ya invisible,
 Toda su magestad guarda la fama,
 Adonde el sabio los subió, y tenia
 Cuanto de gusto el suyo le pedia.

Hecho á la entrada de un pendiente risco
 De un alto mirador el corvo techo,
 A quien de alegres rejas rojo aprisco
 Alfombras labra al rústico antepecho:
 De yedras entoldado, y de lentisco,
 Donde la vid lozana trecho á trecho
 De tiernos grumos hace que se cuaje
 La red de su tejido ventanaje.

Entrando por la cueva, á quien ninguna
 En riqueza igualó ni en aposento,
 Tan vecina á la esfera de la luna,
 Que por humilde deja á la del viento,
 El cristal ven temblar de una laguna,
 Que es de aquel mundo el mas florido asiento,
 Y en sus retretes tales maravillas,
 Que allí el verlas pasmó, y aquí el oillas.

Era la hermosa cuadra, que en altura
 Poner la suya quiso en las estrellas,
 No hecha por humana arquitectura,
 Sino por la influencia y virtud dellas:
 Dentro en los huecos de una Peña oscura,
 A quien dan luz los rayos y centellas
 De puntas de diamantes y esmeraldas,
 Que el cielo le cuajó en su cumbre y faldas;

Vése del tiempo y la humedad cubierta
 La hueca Peña de menudas flores,
 En partes jaspeada, en partes muerta,
 En sombras una, y otra en resplandores:
 Haciendo un todo de hermosura inserta
 Sus diversos metales y colores,
 Y esmaltada la tez que los remata
 De grumos de oro y escarcliada plata.

El natural desórden con que puso
 El ciego tiempo estos rasguños bellos,
 Como arrojados en monton confuso,
 Es el mayor primor y gala en ellos;
 Pues tanto sus brutescos descompuso,
 Y en tantas formas se enredó por ellos,
 Que parece los hizo en competencia
 Del artificio de la humana ciencia.

Pues á los capialzados de la sala,
 Sembrados de preciosa pedrería,
 Ni el oro les faltaba para gala,
 Ni crústulas de varia argentería,
 Ni azul y verde jaspe, á quien no iguala
 El Copto ardiente, ni la Scitia fria,
 En vez de los doseles y tapices,
 De huecas sombras, sendas y matices.

Que la alta corpulencia de la piedra,
 De diversas riquezas amasada,
 La falta suple, y con ganancia medra:
 Mil hermosuras de que está sembrada:
 Que el oro entre lo verde de la yedra,
 Y entre lo azul del risco plata helada,
 Labores hacen de tan diestra mano,
 Que vuelven pobre al artificio humano.

Desta real sala puerta á otras menores,
 Menores no en riqueza ni hermosura,
 Que de manchados jaspes y labores
 Divina hacen y nueva arquitectura:
 No todas de cavernas y fueros,
 Ni brutos senos de la piedra dura,
 Que en mucha parte el bárbaro edificio
 Al natural juntaba el artificio.

Dejó admirados de la gruta estraña
 La no vista belleza á los presentes,
 Sus frondosos jardines, con que engaña
 Del veloz tiempo el sabio las corrientes:

Y en sillars de oro, y áspera montaña,
Del grave estudio cuadros escelentes
Gozan, en que el pincel subió de punto
De un mundo y otro el artificio junto.

Era esta cavernosa cuadro hecha
De un amasado risco de esmeraldas,
Que un fresco mirador arroja y echa
Del jardín bello á las floridas faldas,
De adonde un cielo ve y un mundo accecha,
La vista al Sur, y al Norte las espaldas,
Con un río que al romper de peña en peña,
En verde juncia y ovas se despeña.

A cuyo ruido el canto de las aves
De altivo sirve y dulce contrapunto,
Y el tiple agudo en los bemoles graves
Afinándose mas sube de punto:
Al fin juncias, bemoles, cantos suaves,
Río, flores y peñas todo junto,
Entretiene, suspende, alegra, engaña
La vista, el campo, el bosque, y la montaña.

Aquí el mago tenía de sus ciencias
El estudio, instrumentos y aparato;
Aquí su anatomía y esperiencias
Con vigilancia hacia, y con recato;
Aquí de globos varias diferencias,
O por necesidad, ó por ornato,
Que en paredes y bóvedas colgaban,
Alegre asombro á quien las via daban.

En huecos bultos de sombrías figuras
Sus malogradas almas detenidas,
De las regiones lóbregas y obscuras
Por nuevos rumbos mágicos traidas;
Y aunque á la vista son simples pinturas,
Estrechas gozan y espantosas vidas,
Dando al mago en diversos tiempos juntas
Sospechosa respuesta á sus preguntas.

Tiene de yerbas, raíces, y de gomas,
Venenos, piedras, sierpes, monstruos, fieras,
En cajas, urnas, vasos, botes, pomas,
Varias sumas de hechizos y quimeras;
De agua del río Averno dos redomas,
De las tres furias nueve cabelleras,
Hollin del barco de Charon, y entero
Un colmillo y dos uñas del Cerbero.

De pardo lobo ayuno, que enmudece
Los perros con su vista, buche y pelo,
Cabellos de Prosérpina, y el pece
Rémora, que á un navío entume el vuelo,
Hiel y ojos de trimelga, que entorpece
Al pescador el brazo del anzuelo,
Un grano de alcanfor, y otro de helecho,
Y de dos escorpiones cuello y pecho.

Un aspid sonoliento, una escamosa
Piel de serpiente azul de manchas llena,
Corrupta sangre de mujer celosa,
Mortal cicuta, mágica verbena,
Plumas de salamandria calurosa,
Espuma de doblada anfesibena,
Soga de hombre ahorcado en acecuche,
De arpia las garras, y de un buho el buche.

De la serpiente emórois el veneno,
Que despide en sudor la sangre humana;
De la sedienta hidra el cuero lleno
De ponzoña, y del sirio can la lana:
La ala del presto yáculo, que al seno
De la peña se arroja mas cercana;
Dipsas, que al que su tósigo salpica,
La sed hasta la muerte multiplica.

Un corazón de niño, que la hambre
Los huesos enjugó y secó la vida,
De la rueca de Cloto el blando estambre,
A quien del mundo está la hebra asida:
Una cabeza de encantado alambre,
De contrahecha voz, y alma fingida;
Los ojos de un dragon y un basilisco,

En sangre de camello berberisco.

Dientes de cocodrilo y elefante,
Dos buches de avestruz, menstruo de vieja,
De la grulla la piedra vigilante,
Y la electroria húmeda y bermeja:
Del buho el ojo izquierdo penetrante,
El diestro de la aguda comadreja,
Con la piedra de la águila, que dentro
Va con preñados senos á su centro.

Verba del Pito contra el hierro duro,
Ceniza de hombre muerto de algun rayo,
Estéril tierra de sepulcro obscuro,
Dos huesos de abubilla y papagayo,
Yedra cortada de arruinado muro,
Ruda encantada con rocío de mayo,
Pares de un abortivo, y la testera
De unicornio, habaella, y de pantera.

Un cuerno de cerasta, que en la arena
Arma escondida venenosos lazos;
De la engañosa y lóbrega hiena
Las azules escamas de los brazos,
Con que en las tristes sepulturas suena,
Haciendo los cadáveres pedazos;
De la ave fénix una roja pluma,
Y de una hidra el tósigo en espuma.

Y en mas virtud y adorno de la cueva,
En maga ostentacion y fuerza oculta,
De noble pedrería un cielo lleva
En reales de oro por la peña inculca,
Así en signo observado y luna nueva,
Que de su variedad y luz resulta
Belleza al muro, estimacion al arte,
Y á la mágica ayuda por su parte.

El cristalino Erindro, que humedece
Con su frialdad el aire circunstante,
Y dando siempre lágrimas, parece
De algun ausente gusto tierno amante:
La dura celosía, á quien no empece
El fuego, y el celonte penetrante,
El adivino y verde Silenite,
Que con la luna en la inquietud compite.

Las castas esmeraldas, el topacio
Contra el vacío tumor de la locura,
El balax, casa hermosa y real palacio
Del carbunco, y la onix triste y obscura:
La verde orites, que en pequeño espacio
Bebida hace abortar la criatura,
Y la andromata de agradables rayas,
Que el mar Bermejo escupe por sus playas.

La roja peridonia, que las manas
Con su disimulada lumbre quema;
La preciosa bezár, que los lozanos
Ciervos del buche crian en la flema;
La ágata, llena de manchados granos;
La encendida amatista, que desflema
De Baco el humo; el záfiro, y á este
El jacinto, salud contra la peste.

La amandrina de agudos resplandores,
De agoreros autora y adivinos;
La acates de jardines y de flores
Llena, y rasguños de oro peregrinos;
La aquelonia sembrada de labores,
Los duros inmortales abestinos,
En quien si el fuego prende sus centellas,
Ni ellos se gastan, ni se apagan ellas.

No faltó la pantera á maravilla
De encontradas colores salpicada,
Ni la que en su celebre la abubilla
A entender da los sueños aplicada:
Ni á tí, Liparis bella, faltó silla,
Que de flecha jamas fuiste ballada;
Ni á tí, Diacodos, que á las noches manas
Vanos asombros, y fantasmas vanas.

De este cielo de estrellas amasado
La alta bóveda el suyo componia,

Y un elitrepio en humedad bañado,
Que entoldar suele de tiniebla el día,
Con la que del celebre coronado
Del gallo nace, y de su humor se cria,
A vueltas de diamantes y rubazos,
Que alegres hacen y vistosos lazos.

Y en medio los festones y guirnaldas,
Que tejen de grabada enlazadura,
Rojos rubis y alegres esmeraldas,
Como pomposo rey de la hermosura,
Dando centellas de oro y luces gualdas,
Hacia un carbunco de la sombra obscura
De aquel rico desvan, si sombra habia,
A pesar de la noche eterno el día.

Ufano el sabio, que en silencio atentos
La novedad los tiene de su cueva,
Su admirable riqueza, y los portentos
Con que los ojos y los gustos ceba;
Por mas recrear sus ánimos sedientos,
Y darles mas que su apetito beba,
Del hueco monte los subió á la cumbre,
Rico inmortal blandon de eterna lumbre.

Pasan á vista de la llama ardiente,
Que al cielo de su vientre azul vomita,
Cuyas masas de luz resplandeciente
El bronce en ellas hace se derrita:
Ven las hornazas, y el metal luciente,
Que hirviendo en las canales huecas grita,
Y entre el humo, que al aire pardo tupe,
Torcidos rayos en contorno escupe.

Y ya despues que por revueltas calles,
Y obscuros socavones, en la cumbre
Del erizado monte, volvió á dalles
Segunda vez del rubio sol la lumbre,
Una sala se vió llena de entalles,
Tan lleno de oro el suelo y la techumbre,
Que el avariento Midas pudo solo
Labrarla, antes de entrar al río Pactolo.

De grave y compasada arquitectura,
Aunque por magos círculos movable,
Que en tal aspecto abrieron su figura,
Que en ella un mundo y otro hacen visible,
En luz tan nueva y claridad tan pura,
Que la tierra y el cielo inaccesible,
Lo por venir, pasado, y lo presente
Volar se via por su corva frente.

En firmes arcos sus murallas hechas
De contrapuestos cóncavos espejos,
Que en cortas luces, y saetias estrechas,
Nuevas figuras dan, nuevos reflejos;
Y las vislumbres entre sí deshechas
De vario aspecto y rayos mal parejos,
En las teces ponian ingeniosas
Nueva admirable variedad de cosas.

A este real mirador un fresco llano
De pomposo teatro le servia,
Donde un alegre pueblo en traje ufano
Con placenteros bailes se esterdia;
Cuando en suave modo el mago anciano,
Dádoles sillas de oro y pedrería,
Así tuvo en palabras elocuentes
De sus labios colgados los oyentes:

«Aunque la alegre suspension que veo
Mis cosas hace de mayor estima,
Pues en tan graves pechos, cual deseo,
Alegre espanto dan, y causan grima,
El admirable círculo y rodeo
Con que del nuevo mundo á ver la cima
Llegado habeis, así le escede y pasa,
Que es mi grandeza ya grandeza escasa.

¿Quién jamas supo dar tan alto vuelo,
Aunque ayudase con su industria y alas,
Un hombre antiguo, que en esotro suelo
Haber, dicen, labrado al aire escalas?
¿Quién por tan alto rumbo y paralelo

Llegarse pudo á las supremas salas,
A oír de las estrellas el lenguaje,
Y ver la inmortal luz de su viaje?

Tiénesese por sospechas que esta lumbre,
Que es de todas las lumbres la primera,
No como el mundo juzga está en la cumbre,
Mas en el fijo centro de la esfera;
Y la demás inmensa muchedumbre
De estrellas rubias con su rueda entera
En torno rueda dél, y tambien rueda
La tierra, aunque parece estarse queda.

Que él, como silla y soberano asiento
De los dioses, se está inmutable y fijo,
De cuya eterna luz toma sustento
La suya, y della el mundo regocijo:
Vosotros, que en los páramos del viento
Recodo y vuelo disteis tan prolijo,
Sabreis quizá lo que ahora se desea?
¿Si se anda el sol, ó el mundo le rodea?

A los que el cielo han visto, ¿qué grandeza
No les parecerá menuda y corta?
A quien gozó del orbe la belleza,
¿Ver esta estrecha gruta qué le importa?
De la tierra el caudal todo es pobreza,
Y así la vista al parecer absorba
En lo que ahora veis, quizá proviene
De la desproporcion que el caso tiene.

Mas si hay equivalencia ó puede habeila,
En lo que está por ver, y habeis ya visto,
En esta sala está, y ahora por ella
En raudal vuelo pasa, y curso listo:
Aquí el gran rayo está de una centella,
Que ha de encenderse de la luz de Cristo,
Y á la alegre venida de su aurora,
Aquellas gentes hacen fiesta ahora.

Grandes cosas sabreis, estadme atentos,
Pues á esto el cielo os arrojó á mi cueva,
Y para que quieteis los pensamientos,
Y mi voz todos juntos se los beba:
Seguro os doy, que salvos y contentos,
Por un breve camino, y senda nueva,
Al mundo volvereis de quien salistes,
Y los montes vereis que otra vez vististes.

Tú, heróico persa, á quien un alma altiva
En tanta duda puso y desconsuelo,
No ya te alijas mas, que sana y viva
A mejor ocasion la guarda el cielo,
Que ni de Creta la beldad esquiva,
Ni otra inclemencia ni rigor del suelo,
Por otra ocasion nueva, ni por esta,
La vida acabará que tantas cuesta.

El tributo cruel que en Creta puso
De un cerco mago el prodigioso cerco,
Por quien el ciego reino trae confuso
De un falso dios el nombre lisonjero,
Se alzara de una vez, y el torpe abuso
Del sacrilego altar cayera entero,
Si la heróica beldad, que de las aras
Medroso arrebataste, le dejaras.

Hizo el encantamento riguroso
Con tales cercos el sangriento mago,
Que hasta que un rostro llegue así hermoso
Que de fealdad le falte un corto amago:
Del cruel reino el triste altar odioso,
Del mundo, y su hermosura será estrago,
Sola Angélica pudo darle el justo
Libre aquel día del tributo injusto.

Mas si el sol pasa desta edad florida
Por largos siglos durará su llanto,
Que dar del todo una beldad cumplida,
Ni el mundo llega ni su fuerza á tanto:
Con esta regla ha de salir medida,
De treinta nesgas ha de hacer su manto;
Tantas Elena tuvo, y tantas tiene
La bella reina que de Oriente viene.

En tres facciones, cual la blanca nieve,
Y en otras tantas gorda y colorada,
En tres larga también, y otras tres breve,
Y gorda en tres, y en otras tres delgada,
Y ser estrecha en tres la dama debe,
Y en tres ancha, estendida y dilatada,
Pequeña en tres; y si esto no tuviere
En Creta morirá, si á Creta fuere.

El cuerpo y dientes blanco, y los cabellos
Cual se descubre el sol por la mañana,
De negro las pestañas y ojos bellos,
La parte menos bella, y mas humana:
Como el coral los labios, y con ellos
Las uñas y mejillas como grana;
El cuerpo, manos, el altivo cuello
Largo importará ser, si ha de ser bello.

Los pies, dientes y orejas delicadas,
De breves puntos, y perfecta hechura,
Pestañas y caderas dilatadas,
Y anchos pechos de alegre arquitectura,
Y las tres perfecciones mas notadas,
Pequeña boca, y breve de cintura,
Con lo demás que amor justo ó injusto,
Breve lo pide, como lo es su gusto.

Del medio inferior cuerpo otras tres cosas
Que no sean flacas pide la belleza,
Si bien la honestidad por peligrosas
A los ojos cubrió su gentileza:
La nariz, las dos pomas deleitosas,
Pequeñas, y pequeña la cabeza,
Y los dedos, los labios, y cabellos
Delicados serán, si han de ser bellos.

Destos varios engaces de oro juntos
La imagen se hace de beldad perfecta,
Y el limpio aspecto y rayas destos puntos
El firme encanto desharán de Creta;
Y en la japona reina los trasuntos
Desta medalla pública y secreta
Salud le dieran, si el temor estrecho
No lo estorbara de tu ardiente pecho.

Y tú, francés, á quien la nueva guerra
De tu patria hará de llanto un lago,
Y en la subida de una inculta sierra
En sus flores de lis sangriento estrago;
Aprieta vuelve á tu enemiga tierra
A dar venganza al agraviado mago,
Que está del sacro imperio el guion alto
De insignes capitanes y armas falto.

En el Franco Pomier, donde yo, puse
Su casa un tiempo y su jardin Morgana,
Morgana ilustre hada, que el concurso
Ahora de la riqueza rige humana:
Diosa del interés, y de su abuso;
Y del rey Artus halagüeña hermana,
Un castillo encantó, y un bosque esquivo,
Donde á su hermano tiene, ó muerto, ó vivo.

Y allí en la rica sala del tesoro,
Por nueva injuria á su enemiga Francia,
Los capitanes de mayor decoro,
Que del imperio rigen la importancia,
Hechos tiene insensibles bultos de oro,
Que esa es del oro la mayor ganancia,
Y el interés en ánimo avariento,
Confuso lazo y ciego encantamento.

Y así este, aunque desnudo de provecho,
Como mal sin remedio no le alcanza,
Que un hombre avaro estatua de oro hecho,
No hay, de que vuelva á ser quien fue, esperanza:
Solo á la puerta en un sepulcro estrecho
De un muerto cuerpo está la semejanza,
Que suele con ponerseles delante
Del sueño despertarlos semejante.

Aquí, pues, ves lo que á tu patria importa:
Abrir harás la antigua sepultura,
Y al muerto bulto, que la muerte absorta

Con su voz rompa la lazada obscura;
Que á quien del oro el interés transporta,
La sola muerte cura su locura,
Y aun suele el rumor della á mejor vida
Dar despierta la estatua mas dormida.

Hay fama que es el poderoso muerto
El Anglio rey, que allí en podrida llama
Su enjuto cuerpo tiene, y viendo abierto
El lóbrego ataúd, deja su cama:
Y á su antigua virtud y honor despierto
Al mas dormido da deseos de fama,
Y el oro hace olvidar que es tierra el oro,
Y un hombre insigne celestial tesoro.»

ALEGORIA.

Bernardo, que por ninguna via quiere dejar el seguimiento de Arcangélica, significa, que el ánimo codicioso del apetito de venganza, con ningún partido ni medio se quieta, ni otra satisfaccion tiene por honrosa, que aquella que por si mismo alcanza de quien le ofendió. El gran vuelo del sabio Malgesí, ya hemos dicho que es figura de la vida contemplativa, que de las cosas visibles inferiores pasa la mira á las celestiales, con la cual llegará la felicidad del nuevo mundo, que es la bienaventuranza prometida al hombre, como á la monarquía española las Indias Occidentales. Por Tlascalán, sabio antiguo, que tiene su morada en las cavernas y gruta de un monte, es entendido el apetito de las riquezas que se crian en las entrañas de la tierra: el cual muchas veces es poderoso á traer al suelo con su fuerza al hombre contemplativo, que antes con gran deleite volaba sobre su pensamiento, ocupado en solo contemplar la hermosura del mundo y secretos de la naturaleza: al cual la solicitud de las riquezas impide la quietud, que tan necesaria es al ánimo contemplativo, como Aristóteles dice en las Eticas, que si para la vida activa ayudan mucho, para la contemplativa totalmente son estorbo. El mirador de la cueva de Tlascalán, significa la imaginativa, de adonde se via tanta variedad de cosas. En el modo que á Reynaldos se da para desencantar las estatuas de la sala del tesoro, se muestra como sola la muerte, ó su memoria eficaz, es la que puede despertar á los avarientos de su peligroso encantamento.

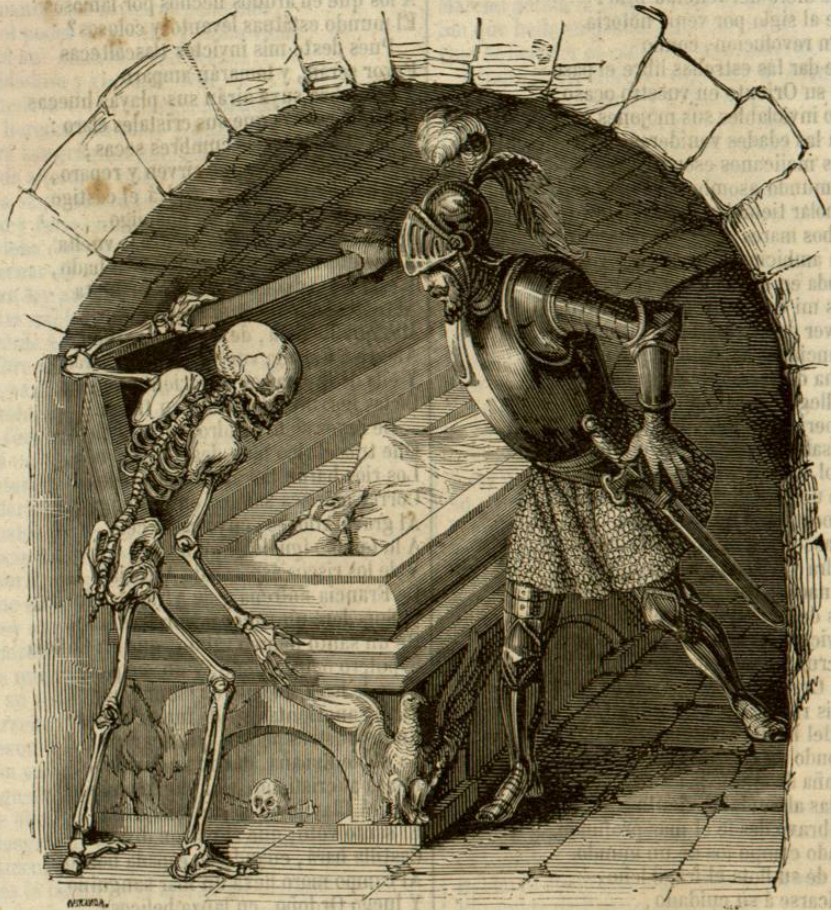
LIBRO DECIMONONO.

ARGUMENTO. Cuenta el sabio Tlascalán las espantosas hazañas de Hernando Cortés en su conquista de la Nueva España, y la real sucesion de los reyes castellanos, desde el Casto Alfonso hasta Carlos Quinto. Hállase Bernardo en el suelo de la fuente de los Moravillos, donde habiendo acabado un artificioso encantamento, y ganado en él la famosa espada Balisarda, la hada Iberia le muestra en una sala las armas y blasones de algunos insignes linajes de España.

Así de lo profundo de su pecho
El sabio al mundo siembra maravillas,
Y en la gruta retumba el cervo techo,
Y oyen los héroes en doradas sillas,
Que en observado signo y cercos, hecho
De luciente oro márgenes y orillas,
El feliz mirador da en sus viriles,
Aun á los por nacer cuerpos sutiles.

Y él viendo el siglo por venir patente,
De superiores luces alumbrado,
Vuelto un Proteo mortal, hacia presente
Del que escuchaba el venidero hado,
Como al rey Persa, y al francés valiente
De nuevas trazas amasó el cuidado,
Y en su piloto ahora el rostro fijo,
Así siguiendo su discurso dijo:

«Si cual te dió el antiguo Balisarte
En el francés aguado el valor godo,
Sin mezcla de otro azar supiera darte
De castellana masa el pecho todo,



Ni mi voz fuera ni mis ciencias parte
A suspender de tu viaje el modo,
Libre pasaras con tu intacto vuelo,
O por la humilde tierra, ó por el cielo:

Que la estrella de España en este mundo
En todo es superiora de otra estrella;
Así los cielos en saber profundo
Para mas bien lo dispusieron della:
Del rubio oro el feliz parto fecundo,
Y de luciente plata blanca pella,
Ahora recoge, guarda y desentraña,
Para en cambio de fe ofrecello á España.

Cuando tu patria en nuevas opiniones
La religion verá que ahora profesa,
Y en la fe sospechosa, y sus razones,
Muchas confesará que hoy no confiesa;
De España los católicos pendones,
Y el primer papa en ellos por empresa,
En señal que es el agua de su fuente,
A dar luz bajarán á nuestra gente.

Compraremos entonces (¡cosa estraña!)
El cielo con la escoria de la tierra,
El desengaño y luz con lo que engaña,
La eterna paz con la mudable guerra:
Daremos plata humilde y oro á España,
Por la divina religion que encierra,
Como en limpio granero, que es mancilla
Sembrar, sino está limpia la semilla.

Y si deseais á estos ocultos casos
La estampa ver de su mudable idea,

Y los eternos encubiertos pasos

Por donde el cielo su girar voltea:
Si de lo por venir bultos escasos
Ver deseais, y hay vista que los vea,
Oid, héroes de otro mundo, oid, que quiero
Al presente sacar el venidero.

Al mudable cristal desta laguna,
Del polo helado, y su encubierta gente,
Domando en riendas de oro la fortuna
Otro tiempo bajó un pueblo valiente:
Rindió incultas naciones, que ninguna
Fiel tributo negó á su rey potente,
Y él en victorias y poder ufano
Leyes dió al nuevo mundo de su mano.

Y aunque de mar á mar la estrecha tierra
Con armas tiene su furor turbada,
Con quien mas ciego enojo y firme guerra
El rigor trae de la ambicion trabada,
Es con la que á las faldas desta sierra,
Ahora en pomposas plumas señalada,
Con ancho baile y músicas celebra,
Del ya domado ardor la primer quiebra.

Es la hidalga nacion que á las vertientes
De Tlascalá por mia heredó el cielo,
Y á estas feroces extranjerías gentes
El mas contrario y enemigo suelo:
Y aunque en sangrientas lides diferentes
Victorias les ganó de la honra el celo,
De su teson y aliento belicoso
Nunca hora hemos gozado de reposo.